

III.

COMO la historia que enarramos no es de esas en que los lances y los acontecimientos se amontonan, sino por el contrario, de aquellas en que la accion parece caminar con sencillez y lentitud, como ciertos rios, suaves y apacibles en su superficie, pero impetuosos y terribles en su fondo, que engañan los cálculos del viajero; nos es preciso detenernos á cada paso para hacer conocer los diversos matices del carácter de nuestros personajes.

Dolores, como ya se sabe, era una mujer voluptuosa en todas sus formas, en todas sus sensaciones, y tambien diriamos, en todos sus pensamientos, si no temiéramos disminuir la idea de pureza que debe formarse de esta criatura angelical, que parecia uno de esos habitantes del cielo sometidos por un momento á todas las pruebas y debilidades de la humanidad. Sin embargo, la voluptuosidad de los pensamientos de Dolores no debe entenderse por ese deseo animal de un goce grosero, que embota los sentidos y empaña la mente cuando se obtiene, sino mas bien por su natural ternura y poesía; por ese anhelo

vago de una felicidad desconocida é ideal, en la que para ella se hallaban mezclados los placeres sensuales del cuerpo y los goces indefinibles del espíritu; anhelo que podría llamarse un presentimiento de la inmortalidad del alma, y que formaba el carácter indeciso y confuso de esa muchacha, fruto de la educación que había recibido, y de las inclinaciones de su temperamento.

Indudablemente Dolores parecía una de esas criaturas exuberantes de vida y de fuerza, destinadas por la ciega naturaleza para el ardiente placer de los sentidos: hé aquí por qué, mas que nadie, necesitaba ella una de esas educaciones ideales y religiosas, que siembran de espinas el camino, es cierto, pero que son las únicas que pueden evitar los excesos del cuerpo, tan dañosos para la salud temporal, como para la eterna.—El porvenir depende siempre de las primeras lecciones de educación que se han recibido; la razón abandonada á sus propias fuerzas, ó se prostituye con mucha facilidad, ó es como una planta frondosa pero débil, que el mas ligero soplo doblega.

Empero, por fortuna la anciana que cuidó de la niñez de Dolores, fué una de esas mujeres que despues de una vida de agitación, vuelven al ejercicio de la virtud por convencimiento, desengañadas de lo falso y dañoso de los placeres del mundo; mujeres demasiado útiles para dirigir la educación de una niña, porque ellas mas que nadie conocen los escollos donde puede zozobrar la inocencia, y saben el modo de evitar ó arrostrar el peligro.

Dolores recibió, pues, desde sus primeros años las mas útiles lecciones para formar su espíritu y su corazón. La virtud vino desde muy temprano á purificar su alma

y á servirla como de una antorcha que ilumina el sendero de la vida, como una estrella que muestra desde léjos el término de nuestra peregrinación en la tierra.

La anciana calculó muy bien que el único modo de salvar á su nieta de los peligros á que se iba á ver expuesta, por el temperamento de que había sido dotada, era el de hacerla concebir un idealismo religioso, de amor y anhelo hácia la otra vida, que la hiciera tener sin cesar los ojos fijos en el cielo, esperando el cumplimiento de las promesas del Cristo, como el prisionero que aguarda la hora de su libertad y la recompensa de su cautiverio.

No es esto decir que Dolores fuera fanática: por el contrario, gozaba dulcemente de la vida admirando sus bellezas, como el viajero que al volver á su patria atraviesa un país contemplando todo lo que se le ofrece á la vista.

Así creció nuestra heroína; de la niñez pasó sin transición á la pubertad, y se desarrolló como una flor bien cultivada. Los afanes de la anciana habían dado por resultado el predominio de la naturaleza ideal en Dolores, sobre la naturaleza corporal, si nos podemos expresar así; tal vez hubo exceso en esto; tal vez los trabajos de la abuela fueron mas léjos de lo que debían; lo cierto es que en la niña no se presentó la pubertad con los signos morales que la caracterizan; hubiera podido decirse que en este punto no iban de acuerdo su alma y su cuerpo.

Otra de las cosas que procuró la anciana fué mantener á Dolores en la mas profunda ignorancia de ciertos sentimientos, creyendo tal vez cegada por su amor de abuela, que su nieta jamás despertaría de su sueño religioso, ó acaso temió que mientras no madurase su razón, serían

mas fuertes que ella sus deseos y las sensaciones que la demandara su cuerpo. Como quiera que sea, á los diez y siete años Dolores era tan candorosa como una niña; lo único que la edad habia hecho en ella, era que su imaginacion tomara un vuelo extraordinario y la hiciera contemplar todos los objetos como al traves de un prisma encantado.

Como ya se ha dicho, la vida para Dolores no era mas que un vasto jardin, en donde las almas descansan para proseguir su camino hácia el cielo, como ese vapor que se eleva de la tierra por las mañanas. Si se la hubiera preguntado ¿cuál es nuestro objeto al hacer esta peregrinacion? no hubiera podido responder.

Así, pues, cuando Dolores conoció á Antonio, lo amó como á un hermano; se apoyó confiada en su brazo, y tal vez creyó mirar en él la personificacion de ese ángel custodio que sostiene á las almas en sus pruebas.

La anciana era pobre, y la niña habia experimentado desde muy temprano las privaciones de la miseria. Por esto cuando Antonio la rodeó á ella y á su abuela de comodidades, no pudo ménos que sentir un gozo inocente y experimentar por el que les hacia este beneficio una especie de afecto, que Antonio calificó con el nombre de amor, y que en realidad no era otra cosa que una gratitud ingenua y sencilla.

Por mas extraño que esto parezca en nuestra sociedad corrompida y materialista, Dolores no conocia y ni aun tenia idea del amor, tal como nosotros comprendemos este afecto.

.....

No puso, pues, dificultad ni experimentó repugnancia alguna cuando Antonio la pidió en matrimonio; por el contrario, creyó pagar con su mano y sus fraternales cuidados la deuda de gratitud que tenian con su generoso pariente.

Sin embargo, ¿cuánto influyó este suceso en su porvenir!

Dolores admitió el matrimonio con el mas puro candor; pero de improviso miró rasgarse el velo de su inocencia. Antonio, arrobado por su amor, arrastrado por sus vehementes pasiones, y gastado por el libertinaje, no supo apreciar, ni sospechó siquiera, las ideas que formaban, por decirlo así, la existencia ficticia de su esposa, y holló materialmente su virtud!

Dolores, preciso es confesarlo, gustó, apuró con delicia, con avidez, con delirio, aquellas primeras sensaciones que no habia ni aun sospechado, y que ofrecian bruscamente un nuevo camino á su existencia. ¡Sus deseos materiales, hasta entónces adormecidos por la ignorancia, y por el idealismo, se desarrollaron, se levantaron como la llama de una inmensa hoguera!

Podria decirse que en aquella noche fué cuando pasó violentamente de la niñez á la pubertad; hasta aquel momento por lo ménos se verificó en su cuerpo aquella revolucion de sensaciones, de deseos, que modifican, que enturbian las ideas..... Y la revolucion fué terrible, porque fué tan repentina como era tardía.....

Por la primera vez de su vida la jóven conoció que su razon se oscurecia y se debilitaba; mas por desgracia la

anciana que hasta esa época la dirigiera había muerto, y no tuvo á quien consultarle.....

Entónces cayó enfermo Antonio, y Dolores arrastrada de nuevo á una vida de tranquilidad y de reposo, se halló presa de la duda, como el marino que ha perdido su rumbo.....

¡Terribles fueron entónces las noches de silencio á que se vió condenada aquella ardiente mujer! ¡Terrible el combate que se trabó entre sus ideas llenas de virtud, que le señalaban instintivamente un abismo á su paso, y sus deseos, sus necesidades, que la arrastraban con una fuerza irresistible, que la demandaban sensaciones, tanto mas vehementes cuanto que apenas las había saboreado!.....

Horas habia en que Dolores recobraba la ideal pureza de su alma; en esos momentos volvía los ojos hácia el cielo, pedía fuerzas á Dios, y se dedicaba con celeste virtud á consolar á su marido, y á hablarle de la religion, bálsamo suavísimo que sana todas las llagas del corazon; pero habia horas tambien, y por desgracia eran las mas frecuentes, en que sucumbia agobiada por aquel anhelo terrible, por aquella cruel irritacion..... y entónces, con el corazon oprimido y palpitante, con la garganta reseca y el alma abatida, se dejaba caer devorada por la fiebre sobre su lecho.

Hé aquí los efectos de esa educacion puramente religiosa; las mujeres como Dolores son en este caso unas mártires: la virtud les sirve, es cierto, como de un faro; mas para llegar á él ¡cuántos tormentos!

IV.

EL dia siguiente á la noche en que hemos comenzado esta historia, amaneció frio, triste, nublado; fué uno de esos dias durante los cuales no cesa de caer una lluvia menuda, lenta, monótona.

Manuel se levantó del sofá donde habia pasado la noche; atravesó de puntillas la pieza para no despertar á su hermano, y fué á pasearse por el jardin.

Hacia muy pocos dias que este jóven se hallaba en casa de Antonio, y habia perdido ya su aire alegre y juvenil; no parecia sino que bajo aquel techo se respiraba una atmósfera letal que marchitaba todos los rostros.

Manuel era un jóven de veinte años, robusto y buen mozo. Habia recibido una esmerada educacion, y estaba próximo á concluir sus estudios. Desde la edad de catorce años habia entrado á un colegio, y allí, entre la meditacion y las conversaciones de sus compañeros, se habia desarrollado su imaginacion. Cuando vino á la casa de su hermano, su rostro estaba velado por esa suave melancolía tan natural en los jóvenes estudiosos; pero no se no-